

Gabriela Mistral PROSA

Italia
caminada
por
Gabriela

Prólogo de Jaime Quezada



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
VALPARAÍSO
Vice Rectoría Académica



Ediciones
Universitarias
de Valparaíso
PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE VALPARAÍSO

La Orden Franciscana de Chile autoriza el uso de la obra de Gabriela Mistral. Lo equivalente a los derechos de autoría es entregado a la Orden Franciscana de Chile, para los niños de Montegrande y de Chile, de conformidad a la voluntad de la poetisa.





Agradecimientos

Al Hermano Santiago Andrade, ministro provincial franciscano.

Al Hermano Mauricio Campos, administrador del Fondo Franciscano
Hermana Gabriela Mistral.

A Myriam Iturra, profesora.

A Kamel Harire, académico de la Pontificia Universidad Católica de
Valparaíso.



© Gabriela Mistral, 2016

Registro de Propiedad Intelectual N° 269.661
ISBN: 978-956-17-0683-5

Derechos Reservados

Tirada: 500 ejemplares tapa rústica y 200 ejemplares tapa dura.

Ediciones Universitarias de Valparaíso
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Calle Doce de Febrero 21, Valparaíso
E-mail: euvs@pucv.cl
www.euv.cl

Edición: Claudio Abarca L.
Dirección de Arte: Guido Olivares S.
Diseño: Mauricio Guerra P. / Alejandra Larraín R.

Impreso en Salesianos

HECHO EN CHILE



Índice

- 9. Gabriela Mistral y su Italia Caminada (prólogo)
- 19. Elogio del pueblo italiano
- 23. El mar Mediterráneo
- 27. Donatello
- 41. Florencia
- 51. Otra vez Florencia
- 57. Siena
- 63. Santa Catalina de Siena
- 67. Oficios: La industria de la pizarra en el valle de Entella
- 71. Giovanni Papini
- 75. Conversaciones con Giovanni Papini

- 89. Con Ada Negri
- 95. Motivos de San Francisco
- 139. La Liguria caminada: Zoagli
- 143. El terciopelo a mano de Zoagli
- 153. Jacobo de Vorágine
- 161. Cavi, mi pueblo, en la costa ligúrica
- 165. Sestri Levante en Liguria
- 169. El 'Moisés' de Miguel Ángel
- 175. Nápoles
- 179. Pompeya y sus patios
- 183. Despedida del Mediterráneo
- 187. Bibliografía
- 189. Notas biográficas de Gabriela Mistral



Gabriela Mistral y su Italia Caminada

*Una Italia caminada
que se me ha vuelto viva.
La recibo en mí como un don.*

G. M.

I

Llamada a sí misma una criatura vagabunda, "desterrada voluntaria", Gabriela Mistral vivirá siempre una permanente errancia en su tierra natal de Chile o en sus patrias adoptivas del mundo. Una geografía viajera que es también su obra y su convivio con las gentes suyas. Desde Vicuña (allí nace un 7 de abril de 1889) a Nueva York (allí muere un 10 de enero de 1957) nunca tuvo el sosiego de la casa definitiva ni la voluntad sedentaria de mujer fatigada. Sino un ir y venir por aldeas, pueblos, ciudades y metrópolis. También países y continentes. Cordillera adentro elquina o mar afuera Mediterráneo. Haciendo muy suyo, y desde muy temprano, el consejo nietzscheano: "Una de las cosas que el hombre debería saber en la juventud, es qué clima y qué panorama necesitan su cuerpo y su alma".

Bien puede decirse de ella que fue una mística del viaje, pues anduvo saboreando a cada hora el cielo, la tierra y el mar como de nuevo y entrando en los paisajes, en los seres y en las cosas "para que no se me deformen con el recuerdo recreador que es el mío".

Más que un placer, el viajar para Gabriela Mistral ("todo viaje debería ser una religiosa dación al destino de dorso vuelto") fue una aventura casi heroica, sobre todo en una época de tardías comunicaciones. Viajando en un tren con

locomotora a carbón de Los Andes a Santiago, casi oculta, muy silenciosa y ensimismada en un vagón de tercera clase. Recorriendo en carricoches los campos de Traiguén (“donde yo caí de golpe en una floración de cerezos”). Navegando en lentos vapores con tripulantes chilotes por los canales australes y magallánicos, desolada de *Desolación*. Y después un Santiago, apenas casi de tránsito, toda vez que la capital de Chile no tenía lo que necesitaba para vivir dichosamente: cielo y árboles, mucho cielo y muchos árboles.

Y, luego, un redescubrir el continente americano y sus culturas precolombinas. O sobrevolando en los primeros aeroplanos, y sin temor al vértigo, el mar de las Antillas. O conmovida por la luz de la meseta mexicana tan verde de milpa y de magueyes, país al que llegará a colaborar en las campañas educacionales del ministro Vasconcelos. Y más tarde, el mundo viejo que la acerca al mundo nuevo, secos sus pies de caminar por los campos de Castilla en huella teresiana (“hay en mis entrañas un imperativo vigoroso de nobleza para vivir, desde que he visto Castilla”) o por la ciudad querida de Florencia (“la ciudad más digna de los hombres”) cumpliendo con un mandato superior impuesto por ella misma, de leer un terceto del Dante sobre el agua del Arno. Y todo en un caminar, sin embargo, “que distiende el cuerpo friolento y el ánimo ceñudo”.

Pero Gabriela Mistral no andaba por estos lugares con afanes de turista primitiva, o con “mentalidad de ojo de Kodak”, como dice ella misma. Destinada más bien a cumplir obligaciones educacionales y reorganizar colegios en su Chile natal (“no voy sino a los pueblos en que puedo servir”). O a dar sus lecciones de alfabetización en las escuelas rurales e indígenas y campesinas de su México maravilloso. De esta experiencia de lo suyo en su visión de maestra a las visiones del ancho mundo: conferencias, congresos internacionales, funciones consulares (consulados de segunda o tercera categoría) y, en definitiva, en busca de una hora de paz, de toda paz en los buenos días, que le permitiera hacer su obra, su *Tala*, y satisfacer “el hambre de extensión verde que es para mí entre las más nobles avidedeces que llevamos, y yo no sé vivir en paisaje que no me la aplaque y, además, me la revele”.

Gabriela Mistral se irá de Chile y después de México —“me voy de todas partes”—, entrando en las realidades vivenciales de otros países que serán sus continuas residencias: Estados Unidos, España, Italia, Francia, Bélgica, Por-

tugal: “Ya voy tomando no sé qué carne de judío errante”. Su vida y acción de vida será su afanoso y permanente mapa de geografías y destinos en sus nostalgias y recreaciones. *Verbi gratia*: su Italia caminada, y casi década en década caminándola durante toda la primera mitad del siglo XX.

De estas andanzas, Gabriela Mistral escribirá no pocas cartas, artículos, poemas, crónicas –gacetillas que se hacen hoy prosa– en un afán de comunicarse con su prójimo lejano. Materia que da origen a una singular, personalísima y resuelta escritura: sus tipificadores *recados* o sus motivos o sus estampas que tienen ese tono suyo, “el más mío, el más frecuente, mi dejo rural en el que he vivido y en el que me voy a morir”. De estos viajes le vienen las emociones más puras y profundas que le dictaron seres y cosas, pueblos y naturaleza del mundo que recorría, y que eran dignos de contarse para sus gentes amadas. De ahí estos motivadores y variados temas de una Italia que se vivió y recorrió a través de una escritura recogida de cuarenta panoramas.

A su regreso a Chile de un primer viaje por Italia (abril de 1925), Gabriela Mistral escribe estas notas a manera de su poética del viaje o su artículo de fe: “Yo llevé a Italia un ojo limpio y un corazón pronto para la admiración leal. Mi Italia caminada fue Nápoles, Capri, Roma, Asís (con toda la ruta del santo; además San Francisco me ha enseñado el diario examen de conciencia, que cura lentamente la vanidad), Perugia, Siena, Pisa, Mantua, Venecia, Padua, Milán, Turín. Muy incompleto hubiese sido mi viaje si no hubiera visto el Campanile, del Giotto. Amé Florencia sobre las ciudades vistas en el mundo; me pareció la ciudad más digna de los hombres. Amarla significa otra cosa profunda: amar la belleza sobre el poder y lo depurado por sobre de lo magnífico. Viví en Asís mi hora espiritual máxima. Tuve en Capri el más noble reposo que tal vez me haya dado la vida: oír el elogio lleno de donosura que un marinero me hacía del mar. Nápoles fue jubilosa para mí. Para tener más ancha la alabanza debería yo haber nacido napolitana. ¡Adiós, golfo de Nápoles, el mayor azul conocido por mis pobres ojos!”

II

Gabriela Mistral no solo escribió una poesía cargada de intensidad y sentido humano en sus no más de cinco libros de ternuras y desolaciones, sino, y de manera muy principal, una mujer chilena del siglo XX, proyectándose al XXI, que supo decir buenamente lo suyo, y en lo suyo lo de los otros, a través de su pensamiento y de su acción, en los temas tutelares que harán de su escritura un acercamiento al prójimo y una enseñanza cotidiana de vida. Autora de una obra poética fundamental y trascendente en la literatura chilena e iberoamericana del siglo veinte, pero a la par, también, una mujer-ciudadana en su tiempo, en su ahora y en su porvenir. Se diría conciencia viva de una época que resume en sus recados y ensayos el ritmo vital de Chile, la faena de una América, la visión del mundo.

De ahí que el Premio Nobel de Literatura, el primero para un escritor de la América Latina, le vendrá en 1945, por su "poesía lírica inspirada en poderosas emociones, y por haber hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano", como fundamentó la Academia Sueca al otorgarle el universal galardón.

Su propia obra poética no parece extensa, aunque sí intensa. Ella misma reconocía sin recato alguno: "Mi pequeña obra es un poco chilena por la sobriedad y la rudeza". Es decir, piedra de rodado de cordillera, en su desafío y en su asombro, en su tratamiento de escritura tan reveladora de tema y lenguaje. Sin embargo, esta "pequeña obra", conlleva una profunda valoración de los sentimientos espirituales y humanos, un amor por sus lugares natales, la tierra campesina y las riquezas vivas de los pueblos americanos. Poesía, en consecuencia, que va de lo legendario a lo mágico y a lo cósmico.

Si el proceso poético de Gabriela Mistral es, a través de cada uno de sus libros (*Desolación*, 1922; *Ternura*, 1924; *Tala*, 1938; *Lagar*, 1954; y su póstumo *Poema de Chile*, 1967), siempre sorprendente y asombroso, no lo es menos su mismísima prosa, tan notable de escritura y tan reveladora en el tratamiento de sus temas. Que una y otra vertiente –poesía y prosa– conllevan los siempre vitales temas que tanto importaron a la autora: la vida, la escuela, lo religioso, lo social, lo étnico, los asuntos ciudadanos, lo mujeril (o el

"mujerío", en palabra intensa de ella misma), la naturaleza, lo geográfico, lo chileno, lo americano, y el mundo en plenitud. En sus textos prosísticos –llámense con mejor propiedad, *recados* o *motivos*– se tratan, con las emociones más puras y profundas, las cuestiones que le dictaron seres y cosas, y que ella consideraba dignos de contárselos a sus semejantes, dando sello y estilo a una singular escritura recadera. Contadora de patria y de mundo, después de todo.

Esta escritura prosística, sin embargo, nunca integró originalmente libro alguno de Gabriela Mistral, a no ser en dispersas y volanderas páginas de periódicos y revistas de países del continente latinoamericano. Nada fue ignorado en esas páginas prosísticas, desde los temas más menudos y cotidianos a los más sublimes y excelsos. Y todo en un decir lo suyo más legítimo y entrañable y un saber nombrar donosamente con vivacidad y llaneza. Ella misma se definirá muchas veces como una mujer "de acérrima lengua americana en la tonada muy criolla que es mi escritura". Frase iluminadora para entender y comprender el tratamiento de su lenguaje muy suyo.

III

Caso único en la literatura chilena la muy vasta labor de una mujer como Gabriela Mistral, que casi a diario estuvo escribiendo no solo del prójimo, del otro que fue su hermano en la misma tarea creadora, sino también de otros temas varios y fermentales que siempre la nutrieron en las tantas otras patrias adoptivas del mundo. Ella que anduvo ya no errante, sino en múltiples actividades de educadora, de congresista, de ajeteos consulares, se dejó su tiempo, su roba-noche, para escribir su prosa-recadera, prosa escritural en lenguaje suyo y estilo suyo y tratamiento de la palabra muy suyo.

Así nacerán todos y cada uno de estos notabilísimos textos –recados, ensayos, artículos– que configuran su *Italia caminada*, título que la misma Gabriela Mistral daba a su escritura prosística para remarcar, acaso, aquella vivencialidad de su andar por los valles y las colinas de su Liguria o su Umbría o su Toscana, pues "quien la ama la camina a pie y con deleite en el paso". Ma-

ravillada y, a su vez, dichosa de recorrer resueltamente Florencia a plenitud de sus sentidos: "Yo siento al caminar por las calles florentinas una atmósfera extraordinariamente viva, preñada de actos, y que me fecunda momento a momento. De esos actos irradia el fluido que saca chispas de la cabeza más sorda". Florencia –"patria de la belleza", como dice- será una tierra y encuentro en ella para siempre, y bajo cuya luz maravillosa los artistas italianos (Donatello, Miguel Ángel) han dejado su testimonio en sus mármoles más nobles y en sus cuadros más intensos.

Gozo de lectura y de sentidos vivos, sin duda, en cada página de esta escritura recadera, y en su encantamiento. La propia y misma Mistral transfigurada en un desvivirse en plenitud una vida florentina entera: ya leyendo la *Divina comedia* en sus tercetos ardientes; ya arrobada de contemplar el *David* –"rejuvenecen los seres mirándolo"-, de Miguel Ángel, en un hervidero de ondas vitales que proyecta la estatua. "Y es así como Florencia me basta este corazón salvaje que es aun el mío, y me voy siempre de ella más maduramente humana de lo que vine".

También *Italia caminada* -y en una Mistral ferviente lectora además de biografías de santos-, tiene sus admirativas y devotas páginas hagiográficas en una Santa Catalina de Siena ("fue casi una política, esta Santa, un poco mujer de estado") o en un Jacobo de Vorágine ("que quiso folclorizar el cielo; sacar a los gloriosos de sus nichos de las iglesias y ponerlos en el regazo popular"). Serán, sin embargo, sus devotos *Motivos de San Francisco* los textos más notables y perfectos en su escritura prosística. Motivos que recrean la vida de acción y de mansedumbre del santo de Asís. Llamado *il Poverello*, este religioso italiano del medieval siglo XII, hijo de mercader acaudalado, elegido por gracia de Dios a abandonar familia y comercio y dinero en beneficio de una vida de apostolado y pobreza absoluta.

En abril de 1924 decía Gabriela Mistral: "Acabaré mi San Francisco en Asís, para darle ambiente". Y así fue, recogida de emoción y cumpliendo ese mandato suyo al caminar años después por la pequeña medieval ciudad: "Gracias por creer en mí, Francisco, con tu ardiente caridad me convenciste"

Estas singularísimas prosas constituyen toda una expresión de religiosidad y belleza creadora, cuando la belleza tiene aquí materia y tiene alma, espí-

ritu y sentido. Textos que entregan, además, unas riquezas lingüísticas muy propias de la escritura de Gabriela Mistral: voces nuevas y viejas, arcaicas, criollas, chilenismos, americanismos, diálogos (*¿Por qué hiciste tu sayal de ese color de castaña, Francisco?*), neologismos, diminutivos, y otros muchos vocablos y expresiones relevantes. También, y por esa donosa manera de contar, los textos llegan a ser divinizadas leyendas o cuentecillos en una intimidad de narrar un suceso cotidiano, empero perfecto en su delicadeza y gracia: lengua de Dios, lengua de idioma.

Aun cuando la obra de Gabriela Mistral puede resultar siempre un sorprendente hallazgo, estos memorables Motivos franciscanos –"me ponen un poco de frescura en el espíritu", decía la autora-, dispersos originalmente en volanderas páginas de periódicos y revistas, complementan de toda novedad y como bien espiritual este presente volumen.

En su pródiga andadura por estas rutas italianas, nada resulta ajeno al ojo y a la sensibilidad de una Gabriela Mistral en sus contactos con ciudades y pueblos, con sus gentes y sus nobles oficios artesanales y laborales: desde el conversar con las mujeres en sus telares sobre el terciopelo de seda en Zoagli a la industrialización de la piedra pizarra en el valle de Entella, repechando quebradas y entrándose en los socavones de las minas de ese "mármol negro". Y hasta la gastronomía o arte culinario de lo que cotidianamente va a las mesas domésticas de los pueblos que visita: "el pescado de Cavi es bueno, pero el pan es mejor, y se sabe que cuando el pan vale, no importa que valga el resto del yantar. La legumbre anda repartida en los huertos de las casas, y es preciso comprar el tomate a este leñador y la coliflor de pecho escondido a aquella viejecilla; y el puchero sacado de siete casas obliga a una sociabilidad cristiana, que yo me tenía olvidada desde mi valle de Elqui".

Con esa imantada gracia de su escritura, dialogante y conversacional, convocadora de familiaridad y de un saber contar (que es encantar), Gabriela Mistral se retrata a sí misma en "un volver a ser la comadre con rostro de pan rasgado y bueno, la buena mujer que saluda amando, que desea de veras el mejor día a su prójimo y casi hecha su bendición con la mano que se levanta solita, encima de la cabeza de un niño que pasa".

Y no solo las ciudades y los paisajes y sus gentes en el retrato de una Italia siempre nueva y sorprendente para Gabriela Mistral (“la boca mía recupera un lote entero de expresiones sumidas en mí que triscan de gracia y que creía no volver a decir en este mundo”), también su maravillador don conversacional con aquellas otras admirativas gentes de su ladera: Una Ada Negri (“la mejor poetisa de Italia de todos los tiempos y la amiga más grande que podría yo desear. Ella tiene para mí la fuerte atracción de la poesía social y del verbo bravamente vertebrado”). O un Giovanni Papini, el florentino, cuya versatilidad filosófica y literaria bien queda de manifiesto en su célebre *Historia de Cristo* y en los dialogantes encuentros con una Gabriela Mistral, que lo visita en su casa de Castiglioncello (octubre de 1924): “He tenido el privilegio de oír a un hombre moderno que tiene vida profunda, un milagro en esta hora de triste banalidad de Europa”. Todos los tiempos y épocas parecieran pasar por esas prodigiosas conversaciones en su ahora y en su ayer y en su porvenir.

Lo significativo de todos y cada uno de estos *recados* no es tanto el elogio o la alabanza (“es una pena que tengamos tan desacreditado el elogio en nuestros países”) que nuestra Mistral hace de su saber mirar y de su saber entender lo que la agudeza de su ojo ve y supensar retiene, sino su singularísima manera de recrear escrituralmente, y en su habla muy castiza de mujer chilena y elquina, una experiencia personal y humana, amén de lo literario y artístico. Una necesidad estricta y ceñida en ella de hablar y escribir su español suyo más legítimo y entrañable. Agréguese a estas páginas el arte y la belleza de lo dicho y de lo escrito en el tema o motivo vuelto también tratamiento de recreadora belleza. Así, su recado-ensayo sobre Donatello (“esa especie de monje austero o artista que interpreta la gracia”), además de historia misma de una Italia renacentista y de una época de nobles oficios, es una sublime página de estética o lección fecunda de arte.

En ese buen caminar –su caminar– una Italia mapa abierto en su geografía, Gabriela Mistral vivió sus dichas mejores en su costa territorio adentro y en su pasión de agua mediterránea. Dicha o contentamiento que bien revela este libro entero. Lo dice ella misma al despedirse de Cavi, su pueblo en la costa ligúrica: “Cuando a mí me queda a la mano lo excelente, yo me apoltrono, me sumo y me clavo en ello como una barca en la duna mórbida. Cuando

lo mejor me queda distante y la casa está sobre una carretera acharolada, que va a Génova, a Livorno y a Pisa, buena ella para alejarse e igualmente suave para regresar, entonces yo me hago vagabunda, nada menos que una vagabunda”. Sin duda, también somos “vagabundos” los dichosos lectores de esta *Italia caminada*.

Jaime Quezada

Lo Cañas, Santiago de Chile, otoño, y 2016.





Elogio del pueblo italiano

El pueblo italiano vive en las ciudades una vida moderna sin frenesí moderno, la de la burguesía latina que, al cabo, es la más refrenada entre todas las burguesías, y vive aún la del artesanato medieval. Pero, naturalmente, el campo es allí, como en todas partes, más castizo que la ciudad, y las masas rurales son la italianidad *"ciento por ciento"* y una latinidad virgiliana que mana todavía en la ubre clásica la única leche indudable entre las de este mundo.

Este pueblo conserva el legado de Roma más el legado del piamontés, el toscano o el umbrío y lo que Roma le da de razón dura, la miel regional lo suaviza. Lo mismo templea el orgullo de su historia con la modestia del perímetro presente y así viene a ser modesto sin ser olvidadizo.

Este pueblo conserva la apretura de la familia entre el carnaval aventador de los vínculos de la época y, para el viajero, es lindo completar en Italia la intensidad del paisaje –mar fuerte, sol robusto– con la sensación caliente del lago familiar y del lago humano en general.

Se acuerda uno de la repugnancia de los tibios de Dios, que contó Santa Teresa, viendo vivir a estos ardientes. Este pueblo guarda su pasión, *"su corazón de carne"* y, sin entenderlo, lo guarda para el momento en que las razas, cuyo cuerpo entero se vuelve seso, no puedan más con su cara, sus vísceras, sus brazos y sus piernas de seso... Contra el endurecimiento por el intelectualismo lunar y contra la imbecilización por el mismo, se conserva y se cuida su *"corazón de sangre"*, el triángulo caliente y calentador, este pueblo, al que llaman los racionales *"instintivo"*, siendo seguramente el racional de veras.

Este pueblo ha hecho al cristianismo el bien de continuarle el festón de oro de la alegría y de hacer que no se apague entre los cristianos negros o rojos desollados.

Este pueblo dio a San Francisco de Asís, sílaba segunda del Evangelio, soldada y pegada a la primera, única manera cristiana que, saliendo del clima del evangelio, no nos hace caer verticalmente ni sentir la extrañeza ni la desfiguración del país Jesucristiano de donde se viene bajando. Muy grandes son las otras piezas que la Italia de cualquier tiempo ha ajustado al mundo; pero pudiera ser que el franciscanismo fuese la más preciosa por ser la más difícil de ajustamiento y de material.

Este pueblo labra, talla, decora, tiñe, teje, cantea, forja, fabrica, vende tanto como cualquier otro, con la ventaja sobre los otros de que, usando la máquina, sigue usando también la mano para no barbarizar su cuerpo. Las manos del obrero industrial ya no dicen nada ni importan nada y han pasado a ser más o menos como la pezuña de la oveja y menos que la manita del topo.

La mano del artesano florentino o veneciano nos pone todavía en vida las ganas de besarla en agradecimiento de sus primores, y de cortarla, cuando se muere, para los museos de oficios.

Este pueblo sigue siendo soberanamente campesino, y es la tierra la que le salva de las "malarias" y las epilepsias del tiempo. Nadie ha averiguado bien hasta qué punto el vivir paso a paso con las estaciones acuerda a las gentes con cierta entraña del planeta dada por Dios y los dioses; aún no nos hemos puesto a observar con cuidado qué hay en el gavillar, en el vendimiar y en el recolectar frutos para que Virgilio, por sólo ver y contar eso, nos parezca más hombre –y padre de hombres– que los demás poetas.

Este pueblo, y es su única desgracia, está haciendo el oficio de proveedor de carne óptima para los pueblos que no dan hijos, desde Francia –donde está bien que vaya– hasta Estados Unidos. En perdiendo grados de sol, ráfaga de mar y el clasicismo de su paisaje; en cuanto deja de usar el hilo de miel de su lengua y ni la habla ni la oye, él pierde, con esa reverberación exterior e íntima, de suelo y de lengua, el golpe de su sangre y, como si dijéramos, la anchura de su aurícula pasional, y, con ella, la de su creación, que de allí le viene. No es ambición a secas ni aidez antojadiza lo que hace gritar a Mussolini su letanía de colonias. Tiene razón, tiene toda la razón. La italianidad se estropea en no sé qué tegumento del alma en cuanto el italiano sale de su lar geográfico, del ribete mediterráneo y de la cifra espiritual mediterrá-

nea. No es que degenera moralmente, siendo su moralidad la sin poros del metal; no es que lo aplasten prosperidades sajonas desaforadas: es que se le turba el ritmo de la costumbre y que debe aceptar la creación en lotes creadores que no son los suyos; es que debe caer en la aceptación de conceptos de la vida que son la réplica de los suyos y es que debe arrimar su misión a misionistas ajenas y se entristece si se da cuenta de lo que hace agotado por la necesidad.

Este es, pues, el pueblo que todavía discuten por allá y por acá los que no saben mirar lo que les llega, tocar lo que les codea y agradecer lo que les ayuda.

Esta raza que maduró el clasicismo griego con esa manera de madurez que es la paternidad de pueblos (que Grecia sola no quiso o no supo cumplir); estas gentes que dieron la mejor de la Edad Media entre las europeas –la más delicada y la menos morbosa– y que reventó en la flora más violenta de los violentos Renacimientos europeos, cuando vinieron sobre ella los tiempos modernos, difíciles de manejar y de vivir por un pueblo que había manipulado materiales tan contrarios a ellos, también se puso a crear ciencia y a entregar industrias. Dígase lo que se diga de la torpeza latina para el campeonato científico industrial, Italia ha peleado la buena lucha de la competencia con el anglosajón. También aquí, ventajas para ella. La ciencia italiana, el invento italiano, el industrial italiano, nos han puesto como sus congéneres a desjarretar la tradición, a pulverizar su espiritualidad –tórax de su genio– ni a enloquecer su costumbre so capa de contentar y servir así a la recién llegada, a la ciencia positiva. Y mejor la sirven y la servirán que los otros no dándole furor de Euménides ni empujón de terremoto sobre la sacra península que deben guardar de cualquier enloquecimiento.

